

P. GEORGE DE PRIZIO

¡DIOS MIO, NECESITO ALGO!



- 1. ¡Dios mío, necesito algo!**
P. George de Prizio, c.s.c.
- 2. El carisma del discernimiento**
Jacques Custeau, s.j.
- 3. Buscando salud**
Carlos Aldunate, s.j.
- 4. El crecimiento**
Mons. Carlos Talavera
- 5. Alabanza comunitaria**
Benigno Juanes, s.j.
- 6. Orar en lenguas**
Benigno Juanes, s.j.
- 7. Vivamos nuestra confirmación**
Carlos Aldunate, s.j.
- 8. Conversión de Simón Pedro**
Pedro Berríos G.
- 9. Alabaré a mi Señor**
Juan Manuel Martín-Moreno, s.j.
- 10. Sanación interior**
Alfonso Uribe Jaramillo
- 11. Las sectas nos invaden**
Juan Miguel Ganuza, s.j.
- 12. Escuela del perdón**
Diego Jaramillo

¡DIOS MIO, NECESITO ALGO!

COLECCIÓN

PLENITUD

1

P. GEORGE DE PRIZIO, c.s.c.

¡DIOS MIO, NECESITO ALGO!

Introducción a la Renovación
en el Espíritu Santo

3ª edición

Colección PLENITUD

Inscripción N° 56.216

Con las debidas licencias

Actuó sólo como impresor:

Talleres Gráficos Pfa Sociedad de San Pablo

Avda. Vicuña Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.) Chile

Mayo de 1994

Impreso en Chile - Printed in Chile

INTRODUCCION

Comenzaré con unas palabras sobre mí mismo, con la esperanza de que ellas te dirán por qué decidí escribir este libro.

En 1970 en Lima, Perú, tuve la experiencia que hoy día es conocida por miles de cristianos como "bautismo en el Espíritu Santo". Esa experiencia cambió mi vida entera, como cristiano y como sacerdote. Desde entonces mi ministerio sacerdotal ha estado dedicado a proclamar las Buenas Nuevas de Jesús, Señor, y su deseo de bautizarnos a todos en su Espíritu Santo.

He tenido el privilegio de estar en pequeños grupos de oración en las montañas de Los Andes; he hablado en conferencias internacionales en Londres y en Bombay en las que participaban miles de cristianos que buscaban una vida más profunda y auténtica. Y en la rica variedad de estas experiencias, en las reuniones con cientos de personas de todas las nacionalidades, he escuchado siempre este clamor: "¡Dios mío, necesito algo!" Unas veces con angustia, otras casi con desesperación, en ocasiones con paciencia y esperanza; pero siempre lo mismo.

No todos los que acuden a reuniones de oración saben que la respuesta a sus vidas está en la persona de Jesús. No todos usan la Biblia. Y hacen muchas preguntas. Por ejemplo: ¿De qué se trata en esta Renovación en el Espíritu Santo? ¿Quién es el Espíritu Santo? y ¿qué es "bautismo en el Espíritu"?

Hay una cantidad inmensa de literatura sobre la Renovación Carismática: libros, folletos, grabaciones sobre la vida en el Espíritu. Pero la mayor parte de este material está escrito para personas que conocen la Biblia y la terminología y manifestaciones carismáticas. Hace poco tiempo, después de una reunión de oración de cristianos que vivían la vida en el Espíritu, se acercó a mí una joven y me dijo: "Es la primera vez que asisto a una reunión de este tipo y ¿sabe? realmente me agradecería saber de qué se trata. Pero sé muy poco sobre la Biblia y ¿quién es el Espíritu Santo?"

No es la única persona que hace estas preguntas. Por eso este librito intenta ser una introducción a la Renovación cristiana que puede observarse hoy en el mundo entero. Espera responder a la necesidad de muchos que hacen ahora las mismas preguntas que ya hicieron los espectadores del primer Pentecostés: ¿Qué significa esto?, ¿de qué se trata?

Además, éste es un llamado amistoso a aceptar la invitación de Jesús que dijo: "Si alguien tiene sed, venga a mí y beba" (Jn. 7,38).

Capítulo I

¡DIOS MIO, NECESITO ALGO!

Si crees en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, si vas a la iglesia, si deseas conocer mejor a Dios, con una fe más profunda y un amor mayor, si a veces te sientes desalentado y deprimido porque no encuentras en tu Iglesia lo que necesitas para solucionar tus problemas, tentaciones y orientar tu vida; si añoras tener una relación mejor con tu familia, amigos, vecinos; entonces este libro es para ti.

Si alguna vez has clamado: "¡Dios mío, me falta algo! necesito comenzar de nuevo la vida, necesito algo que me libre del desaliento, de los sentimientos de culpa, de inferioridad!", y si has oído decir que existe una Renovación y piensas que ahí puede haber algo para ti; entonces no hay duda de que este libro es para ti. Pero, para leerlo, tienes que abrir tu corazón, mucho más que tu mente.

Dirás: "Abrir mi corazón, ¿por qué?"

Porque primero que nada este libro está escrito para ayudarte en tu angustia, en tu anhelo de Dios, en tu esperanza de una vida mejor. Está destinado a ayudarte a conocer una experiencia íntima y personal, tan hermosa que casi parece irreal. Es la más grande de todas las experiencias. Una experiencia que te involucra a ti y al Señor Jesús con Dios Padre y el Espíritu Santo.

Siéntate tranquilamente en tu sillón favorito, en tu cuarto o en algún lugar tranquilo, lejos del ruido

de la vida diaria, de la familia y la televisión, de tus propios problemas pasados, presentes y futuros. Aléjate de los ruidos que vienen de ti mismo y de tu vida. Disponte a escuchar una pequeña voz silenciosa que quiere hablar en tu interior a ese tu yo verdadero que busca, mira e interroga.

Cuando te sientas sereno interiormente, y sientas la quietud alrededor tuyo, entonces estás preparado para orar. Dí una sencilla oración, tuya, a tu manera: "Dios mío, necesito algo. Ayúdame, Señor. ¿Dónde estás? ¿Cómo puedo encontrarte?"

Conocí una mujer que estaba desesperada, se encontraba frente a un gran problema. Había perdido la salud y su vida entera estaba en ruinas. Pasó por una iglesia cuya puerta estaba abierta, no le importó qué iglesia era, no estaba acostumbrada a entrar en iglesias y sabía muy poco de Dios o de religión. Pero su necesidad era muy grande, y entró. Mientras estaba sentada en ese ambiente de paz su propio espíritu se calmó. Casi sin darse cuenta de lo que hacía comenzó a orar, una oración que brotaba del fondo del corazón. Era algo así: "¡Oh Dios, quienquiera que seas y dondequiera que estés, ayúdame!" Dios escuchó y la ayudó. Siempre lo hace.

En los momentos de silencio puede suceder cualquier cosa. Cuando comienzas a estar en calma y a hablarle a Dios a tu manera, tu yo real toma contacto con la realidad de Dios. Pasas a estar más cerca de él y él de ti. Comienzas a vivir esa experiencia de la que él mismo habla en el Apocalipsis (3,20): "Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguien escucha mi voz y me abre, entraré a su casa a comer, Yo con él y él conmigo".

El que espera a la puerta no es otro que el mismo Señor; a la puerta que es tu corazón. El llamado es su voz pidiendo entrar en tu vida.

¿Si oyes su voz? ¿Cómo puedes oirla a menos que escuches? Si escuchas oirás su voz; y entonces, si abres la puerta, entrará. Lo dice de manera tan sencilla que un niño puede entenderlo. Estará contigo, compartirá contigo.

Dijo una vez: "Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre" (Juan 6,51). En este estar junto con él aprenderás lo que es comer de él. El quiere convertirse en el pan de tu vida. Y no solamente en la celebración de la Eucaristía, pues en todas partes y siempre puedes alimentarte de él. El pasa a ser tu ayuda, tu fuerza, tu salud, tu gozo y paz, tu vida misma.

Todo comienza con el deseo de conocerlo. Todo comienza porque tú sientes un gran vacío dentro de ti. Es cierto que has sido cristiano desde hace años. Tal vez has sido fiel en asistir a la Iglesia. Has tratado de hacer lo mejor posible lo que la Iglesia te enseñó. Pero siempre hay algo que está faltando dentro de ti. Dices: "Debe haber algo más que sólo ir a Misa el domingo". "¿Por qué soy el mismo que antes, y quizás peor que antes?"

Estás cansado, a veces te sientes enfermo y cansado. Sientes que algo dentro de ti tendría que cambiar, que ese vacío habría de ser llenado. Y clamas: "¡Dios mío, necesito algo! Mi corazón está cansado". Y una vocesita silenciosa dice dentro de ti: "Sí; y no conocerás el descanso mientras no descanses en Mí".

¿Es esa tu experiencia? Hace algunos siglos un hombre llamado Agustín escribió lo siguiente: "Oh Dios, nuestros corazones están inquietos y no cono-

cerán descanso hasta que no reposen en Ti". El llegó a ser San Agustín y escribió libros muy hermosos que hablan del hambre y la sed que tenemos de Dios.

Es un hambre y una sed; hambre del alma, sed del alma. Jesucristo lo sabía bien. Por eso exclamó de modo que todos pudieran escucharlo: "Si alguien tiene sed, venga a mí y beba. Si alguien cree en mí, el agua brotará en él, según lo anunció la Escritura" (Juan 7,38).

Tú dices: "Eso suena hermoso. Algo dentro de mí quiere eso, sea lo que sea; pero en realidad no lo entiendo".

Bien; Jesús mismo sabía que muchos no entenderían todo el significado de sus palabras. Pero también sabía que su buena voluntad, su fe y su deseo interior los llevaría a recibir la luz del Espíritu Santo. Con la luz y la ayuda del Espíritu Santo entenderían. San Juan, después de repetir lo que Jesús dijo, explica que está hablando del Espíritu Santo: "Jesús, al decir esto, se refería al Espíritu Santo que luego recibirían los que creyeran en él. Todavía no se comunicaba el Espíritu, porque Jesús aún no había entrado en su gloria" (Juan 7,39).

Si quieres conocer a Jesús, tu Señor, y experimentar en tu vida su viva realidad, tienes que aprender más sobre el Espíritu Santo del que habla Jesús.

Jesús te está diciendo: "*Si crees en mí, si tienes sed de una vida mejor, una vida más profunda, ven a mí y yo te daré el poder del Espíritu Santo, renovaré tu vida, te daré un corazón grande y nuevo, comenzarás a entrar profundamente en mi amor, por esto todos los hombres sabrán que eres mi discípulo, que verdaderamente eres mi seguidor, sabrás lo que es amar como yo quiero que ames*".

Capítulo II

HABLEMOS SOBRE EL ESPIRITU SANTO

Para conocer a Jesús, penetrar en su vida, y experimentarlo presente en tu propia vida, conviene que aprendas algo más sobre el Espíritu Santo del que Jesús habla, y desees su venida. Por eso vamos a hablar de él.

Me dirás: “¿Acaso no basta con Jesús?”

Tener a Jesús es suficiente; pero, ¿cómo tener a Jesús?, ¿cómo llegar a conocerlo? Me refiero a conocerlo a él en persona, y no sólo a saber cosas respecto de él. Son dos cosas muy diferentes. Tú puedes saber mucho sobre Napoleón, Shakespeare, o el Presidente. Pero, ¿los conoces personalmente, en forma directa, íntima? ¿En una relación de persona a persona?

Muchos han leído lo que dice la Biblia sobre Jesús, han escuchado sermones; pero a él no lo conocen, no lo han encontrado de tal manera que ese encuentro les haya cambiado la vida. Conocer a Jesús es una experiencia difícil de describir. Hay himnos que se cantan en reuniones de oración, que dicen: “Jesús camina conmigo, habla conmigo...”. Es una forma de tratar de decir: Lo conozco personalmente como un amigo.

Me parece oírte preguntar: “¿Es eso posible realmente, o se trata sólo de un sentimiento emocional?”

— Es posible; y tienes que descubrirlo por ti mismo.

“¿Cómo?”

Aquí es donde entra en juego el Espíritu Santo. Es él quien hace que lleguemos realmente a conocer a Jesús, de persona a persona.

Ahora voy a hacerte yo una pregunta: “¿Qué sabes tú sobre el Espíritu Santo?”

Y me contestas: “No mucho; lo que aprendí en el catecismo. No significó nada para mí. Lo llamaban Espíritu Santo”.

Bueno; no interesa mucho el nombre que le des, lo que importa es la realidad. Conocer lo que Jesús nos dijo de él. Y Jesús dejó muy claro que hay una Persona, el Espíritu Santo, igual al Padre y a El. Jesús nos dijo quién es el Espíritu Santo, lo que hace y en qué forma actúa en nuestras vidas.

Al llegar a este punto podrás decir: “Bien; yo nunca pensé en él de esa manera. Siempre me pareció alguien, o algo, muy misterioso y que no tenía nada que ver conmigo”.

Así es; y es mucho lo que perdemos por no saber quién es el Espíritu Santo y qué es lo que él quiere darnos. Sólo Jesús puede enseñarnos quien es el Espíritu y que es lo que hace para nosotros. Es un gran misterio. En cierto modo todo lo de Dios es un misterio, nunca podremos explicarnos del todo a Dios, como lo hacemos cuando definimos cosas humanas. Pero Jesús nos entreabrió la puerta a ese misterio, y por sus palabras conocemos algo sobre el Espíritu Santo y sabemos lo que él quiere hacer por ti y por mí.

Veamos pues lo que dice el Evangelio.

Lee en el primer capítulo de San Juan, desde el versículo 29 hasta el 34.

Léelo en alta voz, para que no sólo mires la palabra de Dios, sino que la escuches.

¿Qué te dice ese texto?

Comentémoslo juntos.

Se trata de Juan Bautista que ve venir hacia él a Jesús, y nos lo presenta como el "cordero de Dios". Juan había recibido de Dios una iluminación, había comprendido que Jesús sería ofrecido en sacrificio por nosotros, derramando su sangre, como los corderos que acostumbraban sacrificar los judíos.

Y Juan dice: Es de este hombre del que yo les he estado hablando, cuando les anuncié a uno que vendría después de mí pero que estaba por sobre mí.

Y Juan les relata una gran experiencia que ha tenido, y les dice que vio al Espíritu de Dios bajar sobre Jesús desde el cielo como baja una paloma. Es lo primero que encontramos en el Evangelio de San Juan referente al Espíritu.

Probablemente estás diciendo: "¡Qué gracioso! ¿Acaso el Espíritu Santo es una paloma, una especie de pájaro sagrado?"

¡Nada de eso! El Espíritu Santo es una persona, lo mismo que el Padre y Jesús son personas. Tú puedes conocerlo y amarlo como a una persona, y él te conoce y te ama porque tú eres persona. Un pájaro no podría hacer eso.

Comprendo bien lo que dice Juan. No dice que el Espíritu Santo sea paloma; dice que lo vio descender *como* una paloma. Iluminado por Dios, Juan supo al ver esa imagen, que se trataba del Espíritu de Dios que descendía sobre Jesús.

Hoy día muchas personas han descubierto la realidad del Espíritu Santo y son guiadas por él en su vida, y suelen llevar medallas o prendedores con la imagen de una paloma para representar al Espíritu Santo. No es que sean seguidores de un pájaro, sino que siguen a una Persona que los conduce a Jesús.

El Espíritu Santo nos guía con suavidad y gentileza, en un camino de paz. En ese sentido una paloma puede ser una imagen adecuada.

Pero sigamos adelante.

Juan dice humildemente refiriéndose a Jesús: "Yo no lo conocía".

Pero el que envió a Juan a bautizar con agua, le indicó como podría reconocer al Mesías; sería por medio del Espíritu; cuando viera al Espíritu descendiendo y posándose sobre Jesús como una paloma. Esa era la señal.

Pero hay más. A Juan le había sido dicho de esa persona sobre la cual viera descender el Espíritu en forma de paloma, que él era el "que ha de bautizar con el Espíritu Santo".

Ese que bautiza con el Espíritu Santo es el Hijo de Dios, Jesús.

Es importante no olvidar esto.

En la Renovación que está ocurriendo en todo el mundo, oirás a menudo hablar del "bautismo en el Espíritu". Refiriéndose a la experiencia espiritual que ha transformado su vida, la gente dice: "Recibí el bautismo en el Espíritu Santo". Recuerda que esta expresión se encuentra en la Palabra de Dios, y recuerda también que el que bautiza con el Espíritu Santo es Jesús.

Veo que te estás preguntando: "Bueno, yo ya fui bautizado, ¿es que le faltó algo a mi primer bautismo?"

No; nada faltó cuando fuiste bautizado con agua, en el nombre del Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Fue entonces cuando te convertiste en hijo de Dios y heredero del cielo, con el derecho de llamar Padre a Dios.

El bautismo en el Espíritu Santo no es un segundo Bautismo, ni viene a suplir algo que le faltó al Sacramento del Bautismo. Es algo completamente diferente. Pero vamos a dejar estas preguntas hasta más adelante, para seguir hablando del Espíritu Santo, quién es y qué es lo que hace.

Ya nos hemos referido a aquel día en que Jesús se puso de pie y exclamó: "Si alguien tiene sed, venga a mí y beba. Si alguien cree en mí, el agua brotará en él (o, en otra versión, "ríos de agua viva brotarán de su seno"), según lo anunció la Escritura".

Y esto lo decía él hablando del Espíritu.

Graba en tu mente estos tres puntos:

Primero, *la sed*. Aquí puedes poner todas tus inquietudes, tu deseo de Dios, tu búsqueda de él.

Segundo, *el ir hacia Jesús*. Jesús dijo: "que venga a mí y beba". El es el único que puede colmar los deseos más profundos de tu corazón.

Tercero: él hace esto dándote *el don de su Espíritu*. Tu vida no estará ya más estancada, en el egoísmo, la sensualidad, el miedo, el orgullo el pecado. Por la acción del Espíritu, tu corazón se abrirá, se ensanchará. Comenzarás a amar de una manera nueva, la de Jesús.

Jesús había dicho: "Yo soy el camino".

Tú comienzas a descubrir su camino.

Quédate un rato en estas palabras: "De su corazón fluirán ríos de agua viva".

Escúchalas, repítelas, hazlas algo tuyo. Di: "Sí, Señor, creo que de mi corazón harás brotar ríos de agua viva".

Tomemos ahora otra palabra del Señor. Una palabra en la que nos promete el Espíritu. La encon-

trarás en el Evangelio de Juan, capítulo 14, versículos 15 a 17. Léela porque es para ti.

“Si ustedes me aman, guardarán mis mandamientos, y yo rogaré al Padre y les dará otro Defensor que permanecerá siempre con ustedes. Este es el Espíritu de Verdad, que el mundo no puede recibir porque no lo ve ni lo conoce. Pero ustedes lo conocen porque permanece con ustedes y estará en ustedes”.

¿Cuál es la prueba de que amamos a Jesús? El mismo nos lo dice, sencillamente ésta: que tratamos de guardar sus mandamientos.

Ahora bien, sus mandamientos se resumen en una sola palabra: amor.

El nos pide amar a Dios.

Pero no es bastante.

Debemos amar a nuestro prójimo.

El nos dice que ese amor a nuestro prójimo es tan importante que pasará a ser la señal por la que los hombres conocerán que lo amamos a él (Jn. 13,35).

Si estamos sedientos de Jesús, ya lo estamos amando. Y este amor incluye a nuestros hermanos. Un amor auténtico a Jesús no puede excluir a nadie en la tierra, cualquiera sea su color, raza o credo. Sea rico o pobre, sano o enfermo, hermoso o feo. En alguna parte de nuestro corazón debe hallarse el deseo de amar a todos aquellos que Jesús amó especialmente: el pobre, el proscrito, el solitario y deprimido, los prisioneros, los leprosos y los pecadores. La primera prueba de que nos encontramos en camino hacia una vida nueva es nuestro deseo de vivir de esa manera. La primera señal del Espíritu de Jesús actuando realmente en nosotros es esa tendencia al amor. ¡Dios es amor!

¿Cuál es tu pregunta? Me parece oírte decir: "Me gustaría poder amar de esa manera; pero la verdad es que no puedo ni siquiera amar a miembros de mi propia familia".

No te preocupes, no hay problema. Dios nunca pide lo imposible. Si él nos ha mandado amar, hay que hacerlo; pero no podríamos hacerlo solos. Es por eso que necesitamos una ayuda extra. Dios sabe bien cómo somos, conoce todas nuestras debilidades y cuida de que tengamos toda la ayuda de que necesitamos. Y por eso dijo que le pediría al Padre que nos diera Otro que nos ayudara.

El primero que el Padre envió para ayudarnos fue el mismo Jesús. Nadie podía ayudarnos mejor que Jesús, Jesús es la ayuda divina encarnada, Dios hecho carne, ayudándonos. Cuando caminaba en la tierra iba ayudando a todos a encontrar el camino hacia el Padre. Una vez dijo: "Cualquiera que me ve, ve al Padre" (Jn. 14,9). Jesús nos ayuda a hacer nuestro el amor, la misericordia y la compasión del Padre; el Padre lo envió para que nos ayudara a descubrir como es en realidad Dios.

Tantas personas pierden realmente su tiempo con un dios falso. Creen en un dios contador, un dios que lleva cuidadosamente una lista de nuestros pecados para el día del juicio. ¡Cuántos cristianos viven en este temor a un Dios falso! Un dios que está allá arriba, vigilando todos mis movimientos, anotando hasta mis pensamientos, esperando el día terrible en que me presentará la cuenta.

Pero Jesús nos hace conocer al Dios verdadero. Jesús dijo: No he venido a condenarlos, sino a ayudarlos, a salvarlos, "vine para que tengan vida, y la tengan en abundancia" (Jn. 10,10). También dijo: "Dios no mandó a su Hijo a este mundo para con-

denar al mundo sino para salvarlo" (Jn: 3,17). Es lo que trató de hacer Jesús durante el tiempo que pasó en esta tierra: Entregó a los hombres la Buena Nueva, enseñó que Dios es Padre y que te ama a ti. Llevó a los hombres a comprender lo grande que es el amor de Dios. El mismo dio pruebas de ese amor cuando sanaba, limpiaba, perdonaba pecados. Y como última prueba dio su vida por nosotros en la cruz del Calvario. "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos".

El tiempo que Jesús pasó sobre la tierra fue muy corto. Por eso él nos prometió enviar a Otro que haría realidad la Buena Nueva, para los hombres de todos los tiempos, también para ti y para mí hoy día.

Capítulo III

EL ESPIRITU SANTO VENDRA

En el Evangelio de San Juan —15,26— Jesús dice: “Cuando venga el Defensor que yo les enviaré, y que vendrá del Padre, él dará pruebas en mi favor’.

¿No es grandioso saber que tenemos a alguien que nos ayudará? Nos fue prometido por Jesucristo mismo y enviado a nosotros desde el Padre. ¿Para qué? Para hablarnos de Jesucristo, para conducirnos a su vida de amor, para hacer que Jesús sea real para nosotros.

Pero tú dices: “¿Me incluye eso a mí? ¿Significa que puedo contar con el Espíritu Santo como mi ayuda personal?”

Sí; significa justamente eso. La palabra de Dios es siempre una palabra actual. Jesús lo dijo a sus discípulos en un día determinado, en un momento del tiempo. Pero, hablándoles a ellos estaba hablando a todos los hombres y mujeres que, a través de los siglos, lo iban a seguir, lo iban a aceptar como Señor, Salvador y Redentor. Prometió el Espíritu Santo, no sólo a la Iglesia para ayudarla, guiarla y guardarla del error. Lo prometió a cada uno en la Iglesia, a ti y a mí, a todos los que son bautizados en el nombre de la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Demasiados cristianos han pensado en el Espíritu Santo como prometido “a la Iglesia”.

Pero, ¿qué es la Iglesia?

La Iglesia no es en primer lugar un edificio o una institución. Es el Pueblo de Dios. Es el Cuerpo de Cristo.

Es el Templo viviente del cual Cristo es Cabeza y piedra angular y nosotros somos miembros, o piedras vivientes edificadas en ese Templo. A cada uno de nosotros Jesús prometió el Espíritu, o sea, a ti.

La promesa de enviar el Espíritu es algo tan importante, que Jesús llega a decir:

“En verdad, les conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Defensor no vendrá a ustedes. Pero si me voy, se lo mandaré” (Jn. 16,7).

¿Te parece extraño que Jesús diga: “Es mejor para ustedes que me vaya”? Yo acostumbraba pensar: “¡Qué curioso! ¿cómo puede ser mejor que Jesús se vaya? ¿Por qué no se queda? ¿Por qué toda esta cuestión de enviar al Espíritu Santo?”

¿No crees que esa debe haber sido la reacción de los discípulos cuando escucharon eso? Deben haber dicho: “Señor, estamos acostumbrados contigo. Estamos satisfechos con las cosas como están. Te amamos, Señor, ¡quédate con nosotros!” Ellos estaban tristes porque les decía que los iba a dejar.

Jesús trataba de hacerlos comprender que, cuando los dejara, ocurriría algo grande y maravilloso. En realidad él no los abandonaría, en absoluto. ¿Acaso no les había dicho que no los dejaría huérfanos? Lo que trata de decirles es que, al enviarles el Espíritu Santo, estará en realidad con ellos, de una manera nueva, por el poder y la presencia de su Espíritu.

Jesús, como hombre, estaba limitado por el tiempo y el espacio; igual que los demás hombres, sólo podía estar en un lugar a la vez. Y de hecho, cuando estaba en la tierra recorrió un área relativamente

pequeña y habló con un reducido número de personas. Las multitudes de esos días no eran nada en comparación con las que conocemos hoy. Jesús no tuvo contacto personal con muchas personas; pero, por la venida del Espíritu Santo podría estar con cada persona, hablar con cada uno, su palabra podría alcanzar al mundo entero, su poder podría estar en todos y su vida llenarnos a todos. Porque el Espíritu sopla donde quiere, él no está limitado.

Este es el hermoso plan de Dios.

Piensa en esto.

Jesús quiere estar contigo, en ti, presente a ti por el Espíritu Santo. El rol, la labor del Espíritu Santo es revelarnos a Jesús. Le presta ayuda al Señor, y lo primero que hace por nosotros es ayudarnos a encontrar al Señor.

¿Sientes ahora un deseo de encontrar al Señor Jesús? ¿De conocerlo? ¿De poseerlo en tu vida de una manera nueva y hermosa? Deja entonces a un lado este libro, y ora a tu manera. Expresa en tu oración los anhelos, esperanzas y angustias de tu corazón. Dile: "Señor, ayúdame. Envíame tu Espíritu como prometiste. He estado demasiado solo. Tú dijiste que no nos dejarías solos y yo te necesito. Comprendo que el único camino hasta ti es tu Espíritu Santo. Ven, Señor Jesús. Ven, Espíritu del Dios vivo y llévame a mi Señor".

Jesús nos dijo muchas cosas sobre el Espíritu Santo, pero hay mucho más. Escucha lo que te dice ahora a ti:

"Tengo muchas cosas más que decirles, pero ustedes no pueden entenderlas ahora. Pero cuando él venga, el Espíritu de la Verdad, los introducirá a la verdad total."

El no vendrá con un mensaje propio sino que les dirá lo que ha escuchado, y les anunciará las cosas futuras. Me glorificará porque recibirá de lo mío para revelárselo a ustedes. Todo lo que tiene el Padre también es mío. Por eso les he dicho que recibirá de lo mío para anunciárselos" (Jn. 16,12-15).

Abre tu Nuevo Testamento en el Evangelio de San Juan y lee estas palabras lentamente en alta voz. Abre tu corazón a cada palabra porque Jesús te está hablando. Puedes dialogar con él, hacerle preguntas. El tiene las respuestas.

Podría ser algo así:

—¿Es cierto, Señor, que tienes mucho más que decirme?

— Sí; quiero llegar a ti, decirte tantas cosas sobre mí mismo, mis planes para ti, mi amor por ti. Es tanto que no podrías entenderlo todo ahora, será poco a poco. Por eso necesitas al Espíritu Santo, él te guiará, te conducirá a la verdad que deseas conocer.

— ¿Qué verdad, Señor?

— La verdad sobre ti mismo.

— ¿Sobre mí?

— Sí; sobre ti. Tienes mucho que aprender sobre ti; has vivido sólo en la superficie de tu ser, no has penetrado tan profundamente como para descubrir tu verdadero yo. El Espíritu Santo te ayudará a descubrir quién eres. Has estado usando una máscara durante la mayor parte de tu vida. El Espíritu Santo te ayudará a quitártela de a poco. ¿Has oído alguna vez estas palabras? "Tú quieres rectitud de corazón, enséñame en secreto lo que es sabio" (Sal. 51,8). Son palabras que inspiró el Espíritu Santo, las dijo David después de haber pecado, cuando quería volver a mí. El Espíritu Santo hará eso por ti, te dará

sinceridad y te enseñará la sabiduría en lo profundo del corazón.

— Señor, yo quiero ser sincero: ¿en qué consiste esa rectitud de corazón?

— En amarme y servirme. Muchos me sirven pero a su manera; me entregan sólo parte de su corazón. Si lees las Escrituras encontrarás también estas palabras: “Tú no habitas, Señor, en un corazón dividido”. Y es verdad, no puedo soportar un corazón dividido. Te dí mi corazón entero; quiero también todo lo tuyo. Amar me y servir me a medias no resulta. El Espíritu Santo te guiará a la sinceridad de corazón.

— ¿Y qué hay de la sabiduría, Señor?

— Se trata de la viva sabiduría del Espíritu; él te dará un verdadero conocimiento de ti mismo.

— Pero Señor, yo creía que ya sabía mucho sobre mí mismo. Hasta he ido donde un psiquiatra. Y me ayudó mucho.

— Está bien; pero esta es una sabiduría más profunda, una sabiduría que está más allá de la sabiduría de este mundo. La sabiduría del Espíritu es clara y aguda, a veces duele, pero siempre ayuda. Nunca te destruye. Es como una luz que brilla dentro de ti, una gran luz, y mientras brilla te saca de la oscuridad, te limpia y te purifica.

Si has escuchado al Señor y dialogado con él, tal vez estés preparado ahora para levantar tus manos, o arrodillarte, o sencillamente sentarte tranquilo y orar lo que tu corazón te lleva a decir:

“Señor, envíame tu Espíritu para que me enseñe la verdad. Quiero quitarme la máscara y que aparezca mi verdadero yo. Por mucho tiempo te he amado y servido con corazón dividido. Ahora comprendo

que un cristiano a medias no es cristiano en absoluto. Envía tu Espíritu para que me enseñe sabiduría en lo profundo de mi corazón. Deseo que esa luz me guíe y me saque de las tinieblas de mi vida llevándome a tu verdadera luz. Tú Señor, solamente tú, eres la Luz del mundo”.

Después de unos minutos de oración quizás quieres hacer al Señor más preguntas. Por ejemplo:

— Señor, quiero conocer la verdad sobre mí mismo; pero también dijiste que había más verdad respecto de ti, ¿cuál es?

— Es la verdad que el Espíritu Santo te hará conocer. Cuando la recibas, no solamente conocerás cosas respecto de mí, sino que me conocerás a MÍ. La mayor parte de la gente no me conoce en realidad. Saben sólo los hechos de mi vida en la tierra; y eso es todo. Tú no tienes idea de como el Espíritu Santo te hará penetrar en las profundidades de mí mismo, mi realidad viva, mi amor. Cuando me conozcas así caminaremos juntos, viviremos juntos, compartiremos juntos, amaremos juntos.

¡No sigas, Señor, es casi demasiado! Mi deseo es más de lo que puedo soportar. ¿Cómo puedo alcanzar esa vida de que me hablas? Quiero conocerte en esa forma. ¡Ven, Señor, Jesús, ven!

Expresa en la oración tu deseo de conocer al Señor en la forma en que él quiere que lo conozcas.

Vuelve a pensar en sus palabras: “Si alguien tiene sed, venga a mí y beba”. Di: “Señor, tengo sed”.

Déjate invadir por esa sed, y que el deseo de Jesús te llene. Entonces estarás preparado para leer lo que sigue.

Capítulo IV

FORTALECIDOS POR SU ESPIRITU

Hay un texto muy hermoso de San Pablo en su carta a los Efesios. Es el siguiente:

“Por eso doblo las rodillas en presencia del Padre, de quien toma su nombre toda familia en los cielos y en la tierra. Que él se digne, según la riqueza de su gloria, fortalecerlos por su Espíritu, para que se forme en ustedes el hombre interior.

Que Cristo habite en sus corazones por la fe. Que estén enraizados y cimentados en el amor. Que sean capaces de comprender, con todos los creyentes, la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, en una palabra, que conozcan el amor de Cristo, que supera a todo conocimiento. Y, en fin, que queden colmados de toda la plenitud de Dios” (Ef. 3,14-19).

Es la oración de Pablo a Dios Padre, magnífica no solamente para los Efesios sino también para nosotros.

Para ti en este momento.

Imagina a Pablo adorando y alabando a Dios, reconociéndolo como Padre de todos, en el cielo y en la tierra. En seguida Pablo tiene la audacia de penetrar en las riquezas de la gloria de Dios, y de esas riquezas pide para nosotros que seamos fortalecidos poderosamente por su Espíritu en el hombre interior. Pablo habla de fortaleza y de poder, no se contenta con algo débil y anémico. No pone límites al deseo de Dios que nos quiere fuertes y poderosos. Y Pablo pide que esto se haga de la única manera

que puede ser hecho, es decir, por el Espíritu Santo.

Los efectos que este fortalecimiento por el Espíritu produce en nuestro yo interior son algo muy hermoso, van más allá de lo que podíamos pensar o imaginar: Lo primero, que Cristo pueda habitar en nuestros corazones por la fe. Pablo entiende aquí la presencia de Cristo en los corazones por medio de una fe viva, dinámica, que lo hace vivir en nosotros. Jesús cerca de ti, junto a ti, más aún, uno contigo.

La oración de Pablo crece en intensidad, es de una profundidad y grandeza que sobrecogen. Con el Espíritu obrando en nosotros y fortaleciéndonos, Cristo habitará en nuestros corazones, nuestra raíz y nuestro fundamento será el amor, que tomará posesión de nuestra vida. Entonces seremos capaces de comprender el amor de Cristo, su anchura, longitud, altura y profundidad. Y aunque esto va más allá de todo conocimiento humano, por el Espíritu podemos conocerlo. Y concluye la oración pidiendo: que podamos "ser llenados con toda la plenitud de Dios".

Dios quiere llenarnos con su mismo ser. Si quieres formarte una idea de lo que es la obra del Espíritu, lo encontrarás en este texto. Es algo tan grandioso que nos cuesta creerlo. Pablo termina diciendo:

"A Aquel que puede realizar todas las cosas, y obrar en nosotros mucho más allá de todo lo que podemos pedir o imaginar, a él la gloria, en la Iglesia y en Cristo Jesús, por todas las generaciones y todos los tiempos. Amén" (20-21).

Es por medio del Espíritu Santo que Dios hace todo esto en nosotros, y él puede hacer mucho más que lo que nosotros pedimos o pensamos. Cuando se trata de pensar nos quedamos muy cortos y al

pensar en Dios también lo imaginamos pequeño, no nos atrevemos a pedirle cosas grandes. Pero, que esto te quede muy claro: Dios quiere hacer cosas grandes en ti. Quiere actuar por medio de ti en forma poderosa. Si no lo has experimentado aún, la culpa no es de él. Es que no le has pedido su poder ni su fuerza.

Es posible que digas: "Bueno; yo he tratado...".
¡Ahí está lo malo!

Tú has tratado. Pero ¿lo has dejado a él que trate? No es el poder tuyo el que hará las cosas. Es el de él. Es por medio de su Santo Espíritu.

Haz tuya la oración de Pablo. Extiende tus brazos hacia el Padre. Piensa en lo que él quiere darte por el Espíritu Santo: quiere poner a Jesús en tu vida, dar una nueva vitalidad a tu fe en Cristo. Pide estar enraizado y fundado en el amor, por el poder del Espíritu. Piensa en la anchura sin límites del amor de Cristo por ti, y pide la gracia de perderte en ese amor. Atrévete a pedir ser llenado con la plenitud de Dios. En los días venideros renueva esta oración de San Pablo y que cada parte de ella vaya tomando posesión de ti.

Capítulo V

LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO PENTECOSTES

Has escuchado las palabras del Señor Jesús sobre el Espíritu Santo y ya sabes algo sobre el plan de Dios: llevarte, por el Espíritu Santo, a vivir de la vida de Jesús. Has rezado la oración de Pablo y deseas ser fortalecido con la fuerza del Espíritu en tu ser interior para que Cristo habite por la fe en tu corazón. Estás preparado para Pentecostés.

Para penetrar en el misterio de Pentecostés tienes que recurrir a un libro del Nuevo Testamento que se llama "Los Hechos de los Apóstoles". Es un gran libro porque nos revela la grandeza de Dios al mostrarnos la acción y el poder del Espíritu Santo en las vidas de los primeros cristianos.

En la introducción nos dice que Jesús, estando con los apóstoles después de su resurrección, les habló sobre el Reino de Dios. También les dio una orden, "les mandó: No se ausenten de Jerusalén, sino esperen lo que ha prometido el Padre, de lo que ya les he hablado: Que Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados en el soplo del Espíritu Santo dentro de pocos días" (He. 1,4-5).

Les prometía así Jesús una experiencia maravillosa. Pongan atención en las palabras de Jesús: "Serán bautizados con el Espíritu Santo". Recuerden ahora el capítulo primero del Evangelio de San Juan, donde Juan Bautista dice que él vio al Espí-

ritu descender del cielo como una paloma y permanecer en Jesús. Y explica: "Yo no lo conocía, pero Dios, que me envió a bautizar con agua, me dijo también: Verás al Espíritu bajar sobre aquel que ha de bautizar con el Espíritu Santo" (Jn. 1,33). Jesús es pues el que bautiza con el Espíritu Santo.

Al penetrar más y más estas verdades, te darás cuenta de que Jesús no solamente es tu redentor, tu salvador, tu hermano; sino que también quiere bautizarte con el Espíritu Santo. El y solamente él puede hacerlo. Ese bautismo te lo da cuando tienes hambre y sed de Jesús, hambre y sed que sólo pueden ser satisfechas cuando el poder del Espíritu Santo te lleva a Jesús.

No tengas miedo de la expresión "Bautismo en el Espíritu Santo". Probablemente has oído a muchos de tus amigos decir: "Recibí el bautismo en el Espíritu Santo". Es una frase que se escucha a menudo en la actual Renovación cristiana y seguramente más de una vez te has preguntado qué es lo que significa.

Porque tu piensas con razón: "Ya fui bautizado, ¿acaso necesito un segundo Bautismo?" Por supuesto que no; no se trata de mirar en menos el sacramento del Bautismo, ni de ponerlo en segundo lugar. Por el contrario, el Espíritu Santo pone de manifiesto toda la potencialidad de tu Bautismo de agua. Y así podrás decir: "Ahora sé lo que significa ser un cristiano bautizado, un hijo de Dios. Ahora sé lo que Dios quiere de mí. Ahora conozco a mi Salvador, Jesucristo".

Más adelante aprenderás más sobre el bautismo en el Espíritu Santo, lo que es, lo que te da. Por el momento sólo intento que no tengas problemas con

los términos usados, pues son palabras inspiradas de la Sagrada Escritura.

Volvamos a los Hechos de los Apóstoles. Jesús no les dijo solamente que serían bautizados con el Espíritu Santo, les dijo también "recibirán la fuerza del Espíritu Santo". En otras versiones dice: "Recibirán poder cuando el Espíritu Santo haya venido sobre ustedes" (He. 1,8). La palabra clave es *poder o fuerza*. Les había dicho a los apóstoles que deberían ser sus testigos en Jerusalén, Judea, Samaría y hasta los confines de la tierra. Por medio del bautismo en el Espíritu Santo recibirían poder para ser sus testigos. Por el mismo Espíritu tenemos nosotros poder para ser sus testigos. Y si nunca has pensado en ser un testigo de Cristo, es bueno que lo pienses. Porque él lo tiene en sus planes para ti.

Jesús subió al cielo, y los apóstoles hicieron como se les había dicho: regresaron a Jerusalén para la venida del Espíritu Santo. Hubo un tiempo de espera. Podemos imaginar un grupo relativamente pequeño, en una sala de un piso alto, esperando y orando. También está ahí María, la madre de Jesús, y otros que se juntaron con los apóstoles y María para esperar y orar.

Esperar y orar, orar y esperar, es una buena manera de prepararse para la venida del Espíritu Santo. Prepararse es bueno, y es necesario, porque cuando viene suele venir con energía, poderosamente, y tenemos que estar dispuestos a recibirlo. El Espíritu nunca viene a un corazón vacío, viene siempre al corazón que está lleno de deseos de recibirlo, viene al corazón que tiene ansia de Dios. Dice un salmo: "Como anhela la cierva estar junto al arroyo, así mi alma desea, Señor, estar contigo" (42,2).

Velar y esperar. Es lo que se hace a veces en un tiempo especial de retiro. Actualmente hay muchos retiros llamados carismáticos, donde la gente se reúne para velar, esperar y orar, preparándose para pedir ser llenados por el Espíritu Santo, es decir, recibir el bautismo en el Espíritu. Si estás solo cuando lo pidas, puedes pedirle a la Virgen y a los apóstoles que te acompañen.

Para ellos sucedió en Pentecostés. Los Hechos de los Apóstoles lo cuentan muy sencillamente; dicen: "Cuando llegó el día de Pentecostés..." (He. 2,1). Pentecostés es palabra griega, de una raíz que significa cincuenta. Habían pasado cincuenta días desde la resurrección del Señor; desde esa gloriosa mañana en que se levantó de la tumba en que lo habían colocado. Pentecostés es para nosotros el día del cumplimiento de la promesa, el día del Espíritu Santo. Por eso la experiencia del Espíritu es llamada también experiencia pentecostal.

La Renovación cristiana en el Espíritu Santo, que se manifiesta en todo el mundo, puede ser llamada también Movimiento Pentecostal, aunque entre los católicos es más corriente hablar de Movimiento Carismático.

La palabra Pentecostés expresa uno de los grandes misterios de Dios: su promesa de enviar el Espíritu Santo a su Iglesia, es decir, a ti y a mí.

Leemos que, cuando llegó el día de Pentecostés, los discípulos "estaban todos reunidos en un mismo lugar" (He. 2,1). Era un pequeño grupo de hombres cansados, agotados, temerosos, sin saber con exactitud lo que iba a suceder. Con ellos había un número reducido de mujeres, pendientes de María, la madre de Jesús. ¿Qué sucedía en lo profundo de sus corazones? Lo ignoramos. De algún modo presen-

tían que algo sucedería. ¿Qué sería? ¿Qué les iría a pasar? No lo sabían; sólo sabían que Jesús les había prometido el Espíritu Santo. Se daban cuenta de que habría un nuevo comienzo, pues sus vidas serían cambiadas con la venida del Espíritu.

Sentían que no podrían continuar por mucho tiempo más sin que algo sucediera. Después que Jesús los dejó estuvieron tristes, la soledad pesaba sobre ellos; a menudo los dominaba la nostalgia de los días en que Jesús estuvo con ellos. “¡Oh Jesús! ¿por qué nos dejaste?”, era la pregunta angustiada de sus corazones. Pero él había dicho: “Les conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Defensor no vendrá a ustedes” (Jn. 16,7). Entendían que la venida del Espíritu les traería de nuevo la presencia de Jesús, pero no en la forma en que lo habían visto en la tierra. Sus palabras vivirían en ellos, su vida sería la de ellos, en ellos se encendería su amor, su poder habitaría en ellos para hacer las cosas que él había hecho; y Jesús había dicho: “Aun mayores cosas harán...”. Y así, el día de Pentecostés llegó.

¿Qué sucedió? Dios no hace las cosas a nuestro modo. La venida del Espíritu Santo está narrada con palabras simples, en un lenguaje que no podría ser más sencillo. Pero cada palabra es la palabra de Dios y revela el poder y la fuerza de Dios. Primero hay un gran ruido, como cuando sobreviene un viento poderoso. ¿Por qué Dios escogió el viento como signo? ¿No será porque en cierto modo el viento es misterioso? No lo vemos, pero lo sentimos pasar y observamos sus efectos. El viento no puede ser encerrado ni cogido; Jesús dijo: “El espíritu sopla donde quiere”.

Los que estaban en el cenaculo supieron que ese viento era algo especial, como un heraldo que anun-

ciaba la venida del Espíritu de Dios. Ese viento llenó toda la casa donde estaban reunidos, los envolvió y cubrió como un manto, creó como un escenario en el que se desarrollaría el acontecimiento de Pentecostés. Entonces bajaron de lo alto unas como lenguas de fuego y se posaron sobre cada uno de ellos, y todos ellos quedaron llenos del Espíritu Santo. Su vacío y su cansancio se habían ido, dentro de ellos había una superabundancia de vida. Como para estallar. Necesitaban desahogarse y comenzaron a hablar y a alabar a Dios. ¿Pero cómo? "En otras lenguas", como el Espíritu les dio poder expresarse. Una lengua, un idioma, significa que yo puedo comunicarme contigo y tú conmigo. En Pentecostés las diversas lenguas significaban la comunicación. La gente, hablando puede darse a conocer, y ser comprendida. La voluntad de Dios no es tener una reunión de extraños en esta tierra, sino una comunidad, una familia de hermanos, que se reconocen como hijos de un mismo Padre y buscan la unión.

Y las lenguas eran como de fuego. El fuego simboliza amor, celo, vida. La familia de Dios debe ser un grupo de personas llenas de vitalidad, grandes trabajadores del Reino de Dios, e inflamados en su amor.

La única manera de llegar a esto es abriendo el corazón a cada palabra, a cada detalle, y que el Espíritu Santo mismo te de a conocer su significado. Viento, lenguas de fuego, invasión del Espíritu, sobrecogedor poder de Dios: solamente Dios puede actuar así.

Hay algunos que preguntan: ¿Es esto un mito o una realidad? Podemos meditar en Pentecostés haciendo un diagnóstico histórico, o una investigación científica. No llegaremos así a ninguna parte.

Pentecostés nos coloca frente al misterio de Dios y su manera de tratar con los hombres. Hay sólo una manera de acercarse a Pentecostés: con una fe simple, con la humildad de un niño.

El mismo Jesús nos enseñó como llegar al corazón de los misterios, cuando alabó al Padre por haber revelado esas cosas, no a los sabios y prudentes sino a los pequeños (Lc. 10,21). Los sabios y los prudentes son los que viven según la sabiduría y la prudencia de este mundo, creen saberlo todo, con ellos el mismo Dios no puede hacer nada. Los misterios de Dios pertenecen a los pequeños del Reino. Jesús dijo: "Les aseguro que si no cambian y vuelven a ser como niños, no podrán entrar al Reino de los Cielos" (Mt. 18,3).

Pentecostés es para niños pequeños, los que están hambrientos y sedientos de Dios, aquellos que se dan cuenta de que no lo saben todo y que los caminos de Dios no son como los nuestros. ¿El rumor de un gran viento, las lenguas de fuego, las palabras de lenguas extrañas? ¡Bueno! ¿por qué no, si puedes verlo a la manera de Dios?

Algunos de los que estuvieron presentes se burlaron de todo eso. Se desentendieron de todo diciendo como el que todo lo sabe: "Tienen que estar borrachos, han tomado demasiado vino nuevo".

Pero había otros, suficientemente abiertos como para preguntar: "¿Qué significa todo esto?"

Si tú puedes preguntar: "Señor, ¿qué significa todo esto?, ¿tiene algún significado para mí? Señor, ¡enséñame!" Si eres suficientemente pequeño como para hacer todas estas preguntas, entonces estás en tu camino al misterio de Pentecostés.

A los que hablaban, Pedro les contestó: "No; ellos no están borrachos. ¡Qué hora tan ridícula para

emborracharse! De todos modos, un buen judío no bebe un trago a esta hora, es demasiado temprano. Pero escuchen: Lo que está sucediendo es el cumplimiento de una gran profecía. Por medio del profeta Joel, Dios anunció la venida del Espíritu Santo sobre todos los hombres, jóvenes, ancianos, servidores. Cuando se derramara el Espíritu se tendría la vida del Espíritu, los dones del Espíritu, sueños y visiones, un nuevo camino, el camino de Dios: Dios comunicándose con su pueblo por medio de su Espíritu". San Pedro cita la profecía de Joel 3, 1-5:

"Sucederá en los últimos días, dice Dios, derramaré mi Espíritu sobre todos los hombres; sus hijos y sus hijas profetizarán; y los jóvenes tendrán visiones, y los ancianos tendrán sueños. En esos días yo derramaré mi Espíritu sobre mis siervos y mis siervas y profetizarán. Haré cosas maravillosas arriba en el cielo y señales milagrosas, abajo en la tierra..." (He. 2,17-19).

Pedro habla con la elocuencia del Espíritu, sus palabras son de fuego, se expresa con el poder del Espíritu, ¿es éste el mismo Pedro, temeroso, que negó tres veces a su Señor?

Es un nuevo Pedro; ahora, bautizado en el Espíritu, puede proclamar a Jesucristo su Señor y las maravillas que Jesús había prometido que haría el Espíritu.

Y Pedro dice: "A Jesús, Dios lo resucitó, de lo cual todos nosotros somos testigos. Y engrandecido por la mano poderosa de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido: Hoy lo acaba de derramar y eso es lo que ustedes ven y oyen" (He. 2,32-33).

La multitud está atónita. La Escritura dice: "Se afligieron profundamente". Es la obra del Espíritu

que mueve los corazones. Y preguntaron: “¿Qué debemos hacer?” Pedro les respondió: “Conviértanse y háganse bautizar cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo, para que sus pecados sean perdonados. Y Dios les dará el Espíritu Santo...”.

Y añadió Pedro: “Porque la promesa es para ustedes y para sus hijos y para todos los extranjeros a los que el Señor llame” (He. 2,37-39).

Capítulo VI

LA PROMESA ES PARA TI

La promesa es para ti, quienquiera que tú seas.

— ¿Para mí?, ¿qué me quieres decir?, ¿lenguas de fuego para mí?

— No he dicho lenguas de fuego; la promesa es la promesa del Espíritu Santo, y es para ti, si así lo quieres.

La promesa anuncia que él vendrá a tu vida, y de alguna manera sabrás que hay en ti una nueva fuerza, un nuevo poder. Estarás consciente de Jesucristo. El se ha convertido en lo más importante de tu vida.

— Me parece demasiado bueno para ser verdad; y en todo caso, no merezco tanto.

Por supuesto que no lo mereces, nadie lo merece. Y es precisamente por eso, porque somos débiles e indignos, que necesitamos tanto del Espíritu Santo.

— ¿Pero puede un pecador recibir el Espíritu Santo?

— Sí; acabas de oírlo en el discurso de Pedro. El dijo: "Conviértanse", o sea, "arrepíentanse". El arrepentimiento es siempre necesario. A veces esto nos inspira temor, porque no tenemos una idea clara de lo que significa. La mayoría piensa que se trata de pensar en los pecados, experimentar sentimientos de culpa, golpearse el pecho, y todo esto les parece un poco artificial y muy penoso. Pero no es así

una vez que comprendes el verdadero significado de la palabra. La palabra "arrepentirse" viene de dos palabras latinas que significan "pensar de nuevo".

Comienzas a arrepentirte cuando comienzas a pensarlo todo de nuevo. Revisas tu vida y caes en la cuenta de lo tonto que fuiste en ocasiones. Ves tu egoísmo, frivolidad, sensualidad, y sientes un gran deseo de terminar con tu antigua manera de vivir, de comenzar de nuevo y acabar con el pasado. Pensando en esto vas tomando la actitud correcta, estás en el camino del verdadero arrepentimiento. Entonces dices: "¡Dios mío, qué enredo he hecho con mi vida! ¡Ayúdame!" Esto es el comienzo; el Espíritu Santo te mostrará qué más debes hacer.

— Bueno, me encantaría comenzar todo de nuevo; empezar realmente a vivir.

— ¡Excelente! Así se habla. Eso es ya una oración. Repite eso mismo dirigiéndote al Señor. Después puedes agregar algo más que te hará dar otro paso adelante.

— ¿Qué es eso?

— Repite las palabras que has dicho tantas veces en el Credo: "Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida". Repítelo sintiéndolo y creyéndolo; para recibir el don del Espíritu tienes que creer en él y en la promesa que hizo Jesús. Esa promesa es para ti, si crees y deseas.

— Yo creo y lo deseo; lo necesito. Ahora, ¿qué hago?

— Puedes ponerte de rodillas y orar. Dios hace las cosas a su manera. Bautiza personas que oran solas en su cuarto, a otras en una iglesia, a otras aun caminando por la calle. Pero generalmente las personas necesitan un poco más de instrucción y el apoyo de otros. A Dios le agrada que seamos lo sufi-

cientemente humildes como para pedir ayuda. Si tú has llegado al punto en que deseas el Espíritu Santo y comprendes que lo necesitas, estarías preparado para asistir a una reunión de oración.

— Espera; no estoy seguro de querer meterme en algo así. Pero, ¿qué es eso?

— Es algo muy sencillo. Se trata de un grupo de personas, hombres y mujeres de todas las edades, que han sentido como tú una necesidad de Dios en sus vidas. Se reúnen para hablar de Dios, unidos en la misma fe y el mismo amor. Leen su palabra, se animan unos a otros, y especialmente se reúnen para alabar a Dios y orar los unos por los otros. En esos grupos aprenderás lo que es la vida en el Espíritu y tendrás oportunidad de pedir que oren por ti para que recibas el bautismo en el Espíritu Santo.

— He oído hablar de esas reuniones. No creo que yo encaje en ellas. Me han dicho que son bastante emocionales y que suceden toda clase de cosas raras.

— No debes creer todo lo que dicen. Anda y juzga por ti mismo. Conocía una pareja que deseaba mucho recibir el Espíritu Santo porque aspiraban a algo más que esa vida de cristiano mediocre que llevaban. Habían oído muchas historias sobre esas “reuniones pentecostales” y por mucho tiempo no se decidían a asistir. Finalmente resolvieron arriesgarse. Como temían que la sala de reuniones estuviera llena de personas saltando, gritando, rodando por el suelo y gimiendo, llevaron un frasco con tranquilizantes, por si acaso...

No necesitaron sus tranquilizantes, porque se encontraron con un grupo de personas totalmente normales, que cantaban y oraban. La fe parecía algo tan real, se tenía la impresión de que Dios estaba

presente, el grupo irradiaba amor. Ellos se sintieron un poco sofocados interiormente, ¿y quien no se habría sentido? Cuando te reúnes con personas que se juntan en el nombre de Jesús para orar y alabar, que realmente creen, y se alientan mutuamente, tiene que suceder que algo nuevo surge dentro de ti. Todos nos derretimos un poco cuando hay amor y fe. Y si el Espíritu Santo empieza a actuar en los corazones, puede haber mucha alegría que se expresa; ¿encuentras eso raro?

Infórmate sobre el lugar donde hay alguna reunión de oración; puedes preguntarle a un amigo que ya está asistiendo.

Después, ¿exigirán que yo asista todas las veces?

— No; pero cuando hayas asistido, tú mismo sabrás si deseas seguir yendo. Si recibes el bautismo en el Espíritu, con seguridad sentirás que deseas seguir ahí. Porque el bautismo en el Espíritu es un comienzo, se abrirá para ti una nueva vida, un camino por recorrer y es en las reuniones de oración donde podrás aprender a vivir guiado por el Espíritu.

— Me interesa de veras. ¿Por qué no me hablas más sobre esas reuniones de oración?

Capítulo VII

VEN A LA REUNION DE ORACION

Gente que ora, que alaba a Dios, que adora en espíritu y en verdad, es lo primero que verás en la reunión de oración. Puede parecerte extraño, puedes preguntarte si lo están haciendo para impresionar. Pero luego te convences de que son sinceros, dejas de lado tu desconfianza y te unes a ellos. Descubres la alegría de alabar a Dios con tus hermanos en el Señor. Notas que muchos levantan sus brazos, como si elevaran las manos hacia Dios. Te dices: "No puedo hacer eso"; pero ya no estás tan rígido como cuando entraste, desearías hacerlo, aun sientes envidia por los que actúan con tanta naturalidad.

Decides probar. Primero miras a todos lados y te encuentras con que nadie se está fijando en ti, todos están atentos a Dios, como si lo tocaran. Bueno, ¿por qué no? El Señor dijo: "Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, yo estoy en medio de ellos". Ya estás diciendo como los otros: "Alabado seas, Señor". Tus manos levantadas en oración dan testimonio de que estás entregando todo tu ser a Dios en adoración y alabanza. Has descubierto la oración de alabanza.

Nunca habías imaginado que esto fuera tan estimulante, tan alegre y que te llenara tanto. Te sientes relajado. Comprendes que siempre habrías deseado orar con esa espontaneidad. Pero no se podía, nadie lo hacía en tu iglesia. Recuerdas que en Misa oías

decir: "Orad, hermanos", y te ponías de pie, tieso, exterior e interiormente. El ministro leía una oración prefabricada, a la que respondías "Amén", pero tú sabías que no habías orado, deseabas que terminara para sentarte o irte.

Ahora te sientes participando y quieres continuar. Hay como un coro de alabanzas, cantan un "Aleluya" y te unes al canto, es sencillo y hermoso, expresa lo que querrías decir: dar gracias a Dios, adorarlo, bendecirlo.

Es como en la fiesta de Navidad o la Pascua, porque vuelves a sentirte niño y no ya un adulto sofisticado: te has quitado esa máscara y estás tan alegre. Ahora sabes que todo es verdad: que Dios está aquí, que te ama y que también tú lo amas a él y amas a todos. ¡Aleluya!

Se produce una pausa, un largo silencio.

¿Cuándo van a comenzar a suceder esas cosas extrañas de que te habían hablado?

Quizás debieras tener a mano tus tranquilizantes.

Pero hay sólo un hermoso silencio, en el que casi sientes la presencia de Dios. Sabes que tiene que ser Dios, porque hay demasiada paz, es algo demasiado poderoso para que pueda ser algún otro o alguna cosa que no sea Dios. Y deseas entender todo esto, tomar parte en esto, porque necesitas a Dios.

El silencio se rompe: alguien está leyendo las Escrituras. Pero suena diferente, tienen tanta vida. En tu iglesia no era así. Es cierto que la mayor parte del tiempo estabas distraído, mirando a todos lados o preguntándote que tan largo iría a ser el sermón.

Aquí las palabras son como una música. No que nunca las hubieras oído antes, pero te parece que

antes no escuchabas en realidad. Dicen: "Si alguien me ama, guardará mis palabras, y mi Padre lo amará y vendremos a él para hacer nuestra morada en él" Sientes como si el corazón se te rompiera, porque eso es maravilloso; desearías oírlo de nuevo y ya estás pensando que apenas llegues a casa buscarás ese pasaje en tu Biblia; porque tienes una Biblia, aunque no la has abierto quizás por años. Buscarás ese texto y lo leerás una y otra vez. Has experimentado como la palabra de Dios actúa en tu interior. Desde hoy, como otros muchos, comenzarás a leerla cada día, más aun, a alimentarte de ella: vivirás de ella.

De nuevo cantan. En seguida alguien pide oraciones, ¿oíste bien? ¿dijo oración de sanación?, ¿qué será eso? Observas que se reúnen alrededor del que pidió, algunos ponen la mano sobre su cabeza, o su hombro, otros se han tomado de la mano. Uno reza en voz alta: "Padre celestial, te lo pedimos en el nombre de Jesús, por el poder de su Espíritu". A esto sigue un coro de acción de gracias. Tú te preguntas: "¿Es que ya les fue concedido lo que pedían?" Comparas la fe de ellos con la tuya, tan débil, y te sientes avergonzado. Desearías decir: "Señor, dame esa clase de fe".

Ahora otro habla, está contando cosas que le sucedieron: Que Jesús realmente no significaba mucho para él, ni tampoco la Iglesia. Pero oyó hablar del "bautismo en el Espíritu" y alguien lo invitó a una reunión de oración. Ahí comprendió que era ésto lo que buscaba, pidió recibir el bautismo del Espíritu y su vida ha cambiado tanto desde entonces. Dios ha pasado a ser alguien real, también la gente significa mucho para él, ahora los ama. Cuando esto sucedió él no hallaba las horas de llegar a su

casa para compartirlo con su esposa y para leer la palabra de Dios.

Al oír esto sientes que eso mismo es lo que tu deseas tener. Pero, ¿cómo?, ¿acaso deberías pedirlo ahora? Pero, ¿y si no lo recibes? Y te dices: "Tal vez estoy demasiado excitado, será mejor dejar un tiempo para tranquilizarme. Mañana veré las cosas en forma diferente".

Ya lo creo, mañana se verán diferente. Porque en ese momento alguien a tu lado te pregunta si deseas oraciones por alguna intención. Sin casi pensarlo le dices: ¿Podría yo recibir el bautismo en el Espíritu?" Esto alegra mucho a los que escuchan, y dicen: "Oremos para que nuestro hermano sea bautizado en el Espíritu".

Te hacen sentarte, te rodean, sientes sus manos y escuchas sus voces que cantan y que oran a Jesús pidiendo para ti el don del Espíritu. También escuchas palabras que no entiendes, pero todo es tan hermoso que te olvidas de ti mismo y oras a Jesús.

Ahora estás de pie; te abrazan. Te sientes lleno de algo, no sabes de qué. Sólo sabes que quieres amar a todo el mundo.

Es natural; el Espíritu Santo es Espíritu de Amor, cuando viene a ti te trae el amor de Dios y el deseo de amar.

Vas de nuevo camino a tu casa. Deseas estar solo y pensar. Esto que ahora tienes, ¿durará?, ¿o serán sólo emociones tuyas? Pero tú siempre fuiste tranquilo, equilibrado. Entonces ¿esto es real? Una voz interior parece decirte: "No temas, soy real, soy Yo".

Hay una paz muy profunda dentro de ti mismo, casi escuchas de nuevo su voz diciendo: "Te dejo mi paz, te doy mi paz. La paz que yo doy no es como la que da el mundo" (Jn. 14,27).

**Estás en paz contigo, con Dios, con los hombres.
La paz del Señor estará siempre contigo ahora que
caminarás en el Espíritu.**

Capítulo VIII

JESUS VIVE

Lo que hemos descrito es una experiencia, tu experiencia personal, y está toda entera centrada en Jesucristo, tu Señor. Ahora él es para ti una persona que vive. Puedes decir: "Conozco al Señor"; ese conocimiento lo ha hecho posible el poder del Espíritu Santo. No puedes explicártelo, pero sabes que Jesús está presente. Te encuentras hablándole, a veces en alta voz, en tu cuarto, en el trabajo. Diciéndole: "Te amo, te alabo, Señor Jesús. ¡Gracias, Espíritu Santo por este don!" Ahora sabes cual es el rol del Espíritu Santo: llevarte a Jesús.

Nunca pensaste que podrías sentirte tan bien en presencia del Señor. En otro tiempo, cuando te acordabas de él tenías siempre algún sentimiento de culpabilidad. Lo sabías cerca, cuando hacías algo errado, para condenarte. Ahora todo es diferente. Aun en tus debilidades, faltas y caídas —porque sigues cayendo y fallando— sabes que él te ama. Y es ese amor lo que te ayuda a levantarte, a comenzar de nuevo, sin la culpabilidad, la depresión y el desaliento de antes.

Quizás hasta te sientas preocupado por esto, ¿será que te has vuelto tibio, demasiado libre y como sin temor de Dios? Y recuerdas aquellas terribles horas, días, semanas y aun meses en que cargabas con el peso de tus sentimientos de culpa. Y tus intentos de escapar a eso, ya sea confesándote, ya sea tra-

tando de olvidarte de todo. Pero quedaba siempre ante ti esa culpa, y esa auto-condenación. Nunca te sentías seguro de haber sido perdonado.

Ahora has quedado libre de tu propia condenación. ¿Es eso verdadero?

Sí; muy verdadero, y lo hallarás confirmado en la palabra de Dios. Busca el capítulo 8 de la carta de San Pablo a los Romanos y lee únicamente el primer versículo: "Ahora, pues, se acabó esta condenación para aquellos que están en Cristo Jesús".

Léelo una y otra vez.

Los que están en Cristo Jesús, significa: los que están en unión con él. Tu lo estás ahora. El bautismo en el Espíritu te dio una nueva relación con él. Una de las grandes alegrías que trae consigo esta unión con Cristo es la de sentirse libres de toda condenación.

Tú sabes muy bien que aun eres débil y pecador; pero también sabes que él está siempre contigo para perdonarte. "Recorre a mí, dice él, y yo te renovaré". En su luz, su amor y su verdad hay para nosotros un permanente refrigerio. No tienes que quedarte sumergido en las miserias de tu yo oscuro y deprimido. Jesús es ahora tu fuerza y tu esperanza, él es tu todo.

Sabes que no eres digno, no puedes gozarte en ti mismo. Pero con María aprendes a decir: "Celebra todo mi ser la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en el Dios que me salva".

Puedes repetir con toda tu alma esta oración, y regocijarte en Dios, tu Salvador. En las debilidades él te da fuerza; en las caídas, valor; en la tristeza, alegría.

Son tantos los cristianos que pasan su vida en la auto-condenación. Aun habiéndose arrepentido y

confesado, no consiguen sacudirse la carga de su pasado. Ceden al espíritu de auto-condenación que los devora interiormente como un cáncer y agota sus fuerzas. En un estado así no se puede conocer la alegría y la paz del Señor.

Conocí a una religiosa que vivió de esa manera largos años. Pensaba que no había amado a su madre como debía, que había sido excesivamente egoísta y pensado sólo en sí misma durante su juventud. Se reprochaba su orgullo y vanidad y el no haber vivido a la altura de sus compromisos religiosos. La primera vez que hablé con ella constaté el espíritu de fracaso, derrota, y el profundo complejo de inferioridad que afectaba su vida entera. Era una persona muy capaz, con un gran talento para el arte y la música. Pero no podía rendir en su trabajo, ni poner esos dones al servicio de su comunidad, porque estaba demasiado agotada, su lucha interior la estaba destrozando. Se preguntaba: “¿Me ama en realidad Dios? ¿Me habrá perdonado?” Esa nota de auto-condenación había resonado durante toda su vida. Y es una nota lúgubre, que trae disonancia y perturbación. Aun más, puede causar enfermedades físicas: jaquecas, agotamiento, alteraciones de la presión, úlceras. Paraliza el espíritu y puede también paralizar el cuerpo.

Cuando alguna vez caigas en la cuenta de que estás condenándote a ti mismo, piensa al momento que algo anda mal.

Eso no es de Dios.

Es tu antigua manera de reaccionar. La nueva vida en el Espíritu te guía por un camino muy diferente. La palabra de Dios te librerá de extraviarte de nuevo. Dice en el Evangelio de San Juan: “Tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo Unico, para

que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga Vida Eterna”.

Escucha pues su voz que dice: “No he venido a condenar”.

“Señor, si tú no me condenas, ¿por qué iría yo a sumirme en mi propia condenación, destruyendo así tu plan para mí? Tú quieres que tenga tu vida y que la tenga en abundancia”.

Capítulo IX

LA VIDA EN EL ESPIRITU

Tú dices: "Hasta aquí está muy bien; sobre todo me gusta eso de que no haya más auto-condenación. Nunca lo vi de esa manera, pero eso es lo que estuve haciendo toda mi vida. ¿Qué otra cosa sucede? Cuénteme más".

Bueno: el bautismo en el Espíritu Santo —o sea, la experiencia en la que te entregas al Señor Jesús, y el poder del Espíritu viene a tu vida— es sólo el comienzo. Comienzo que te lleva a una nueva vida, llamada la vida en el Espíritu.

— Eso me suena algo irreal. Yo soy más bien una persona terrenal.

— Por supuesto que lo eres. Todos lo somos. Trata de entender que es por eso que necesitas el bautismo en el Espíritu Santo. Tú no puedes por ti mismo llevar otra vida; pero el Espíritu Santo viene para ayudarte y guiarte. Pasas a ser lo que la Escritura llama "una nueva creación". La persona que después de esta experiencia empieza a dejarse guiar por Dios, cambia muchísimo. Y lo primero que notan ellas mismas es que su actitud hacia las demás personas ya no es la de antes.

— ¿En qué aspecto?

— En muchos aspectos. Comienzan a captar el espíritu del verdadero amor cristiano. En ellos se cumple esta palabra de Jesús: "Así reconocerán todos que ustedes son mis discípulos: si se aman

unos a otros" (Jn. 13,35). En realidad, este deseo de abrir el corazón en un verdadero amor cristiano es lo que la Escritura llama: el fruto del Espíritu. Y todo lo demás brota de este amor: la persona se vuelve más paciente, más bondadosa, más comprensiva. El cambio puede no ser inmediato, pero poco a poco la persona misma se da cuenta de que ha cambiado, y los demás también empiezan a notarlo. Una profesora dijo esto:

"He enseñado durante veinticinco años en colegios. No recuerdo un solo día en que no haya perdido la paciencia con mi curso. Desde que recibí el bautismo en el Espíritu he notado que mis sentimientos para con mis alumnos han cambiado. Puede parecer curioso, pero el hecho es que he comenzado a amarlos. Y hace meses que no me enfado con ninguno de ellos".

Es un testimonio sencillo, pero el poder del Espíritu Santo se manifiesta en él. La profesora no habría conseguido eso por sus solos esfuerzos. Y seguramente se había esforzado mucho. Podemos imaginarla cada día, después de las horas de clase, diciéndose: "De nuevo he caído; hoy día me enfurecí varias veces". No podemos cesar de enfurecernos, y convertirnos en una persona paciente y amorosa, a menos que una fuerza interior nos guíe, suave y firmemente, hacia una nueva manera de pensar y de actuar. Es el aprendizaje del amor. Es difícil de explicarlo porque se trata de una experiencia; pero cuando sucede, sabes que no es obra tuya.

Muchas personas han recibido así ayuda para superar sus dificultades, y hábitos que los esclavizaron por años comienzan a desaparecer. Por ejemplo los alcohólicos, los fumadores, etc. Cuando nos entregamos al poder de Dios y lo dejamos actuar en noso-

tros, comienzan a suceder cosas. Esto no quiere decir que nos convirtamos en títeres o robots manejados por un amo. De ningún modo. Significa que adquirimos dominio sobre nosotros mismos. Este es otro fruto del Espíritu. Muchas personas pierden el control de sus vidas ya en sus primeros años. Empiezan a llevar vidas superficiales, irresponsables, frívolas. No se elevan a la altura de sus capacidades, su dignidad humana, su nobleza. Ellos son los primeros en admitir que se han quedado muy atrás en sus marcas. "¡Qué lío he hecho de mi vida!" Esta es una confesión que se escucha a menudo. Y si se les pregunta: "¿Qué vas a hacer al respecto?" La respuesta suele ser trágica: "¿Hacer algo? He tratado ya. ¡Es inútil!"

¡Es inútil! Es admitir la derrota, el fracaso. La persona no puede estar en paz consigo misma ni con los demás. Jesús no murió en la cruz para que después nos lamentemos desconsolados diciendo: ¡es inútil! El murió para darnos el poder de vivir nuestras vidas en la fuerza de su vida, en la salud de su vida, en la verdad de su vida, en la paz de su paz, en el amor de su amor. Es a esto a lo que nos lleva el Espíritu Santo. Así nos vamos asemejando a Jesús, amantes, pacíficos, bondadosos, pacientes, gentiles. Son los frutos del Espíritu que aparecen en nuestra vida.

— ¿Alguna pregunta?

— Hay algo que deseaba preguntar. He oído decir que en esto del bautismo en el Espíritu y las demás cosas que Ud. me ha explicado, las personas comienzan a hablar de una manera extraña, lo que llaman "hablar en lenguas". ¿Podría explicármelo?

— Está bien; sabía que tarde o temprano lo preguntarías. Llamamos así a uno de los dones del Espí-

ritu. En el capítulo 12 de la primera carta a los Corintios San Pablo habla de la variedad de los dones que provienen del Espíritu Santo y enumera algunos. Esos dones son capacidades, dadas a personas que viven bajo la acción del Espíritu, para que puedan ayudar a los demás. Así, por ejemplo, San Pablo menciona el don de hacer curaciones, o sea, que Dios usa a ciertas personas como instrumento para sanar, capacitándolas con ese don. Estos dones son también llamados carismas, por eso a la persona que recibe dones la llamamos carismática; y la Renovación en el Espíritu Santo es conocida como Renovación Carismática.

El Espíritu Santo, por medio de sus dones, actúa a través de nosotros para el servicio de los demás. Pasamos a ser instrumentos suyos para ayudar.

Volvamos ahora a tu pregunta: el hecho de hablar en lenguas. Es algo que podríamos llamar un gran don de oración. Nos permite dar expresión a nuestro profundo deseo de amar, alabar y adorar a Dios, usando palabras nuevas, que no comprendemos. A veces se las oye como algo extraño; como balbuceos de niño o como idiomas desconocidos. Una mezcla de sonidos; pero, hay algo más en todo ello. El Espíritu Santo desata nuestra lengua y nos da un lenguaje para comunicarnos con Dios. No lo entendemos, pero él sí. Al usarlo sabemos que estamos orando, alabándolo.

Las palabras humanas se gastan, envejecen, se cansan. ¿Has tenido la experiencia de sentir un deseo de orar, y no saber cómo expresar lo que querrías decir? A veces se trata de una angustia, una pena o una alegría muy profunda que se queda sin poder ser expresada. Cuando el Espíritu te concede este don, tu propio espíritu manifiesta en esas palabras

extrañas lo que tu lenguaje habitual es incapaz de expresar. San Pablo dice algo semejante en su carta a los Romanos:

“Además el Espíritu nos viene a socorrer en nuestra debilidad; porque no sabemos qué pedir ni cómo pedir en nuestras oraciones. Pero el propio Espíritu ruega por nosotros, con gemidos y súplicas que no se pueden expresar” (8,26).

Ahora bien, personas que no entienden esto dirán que es asunto emocional, que todo es psicológico. Porque la gente que no entiende las cosas del Espíritu suele formarse ideas disparatadas sobre lo que acontece. Algunos le reprochan a esta oración el ser anti-intelectual, y aun hay alguno que lo ha atribuido al demonio. Un conocido sociológico dice que no puede comprender para que nos iría a dar Dios un idioma que no pudiéramos entender. Ese sociólogo está errando el blanco. Ese lenguaje expresa una oración más profunda, no se trata de que entendamos, no es que Dios nos esté diciendo algo; nosotros estamos en comunicación con Dios y él entiende perfectamente y recibe nuestras plegarias que el Espíritu Santo nos mueve a dirigir a Dios de esta manera tan hermosa. Su manera.

— ¿Cómo se obtiene este don?

— Muchos lo reciben cuando acaban de pedir el bautismo en el Espíritu. Otros, un tiempo después. Conozco personas que, encontrándose rodeadas por un grupo grande que cantaba en lenguas, han comenzado espontáneamente a hacer lo mismo. Algunos han recibido este don cuando estaban orando a solas, y han empezado a orar y hablar con palabras que jamás habían pronunciado antes.

Una señora, que había recibido el bautismo en el Espíritu, tuvo que esperar largo tiempo antes de

poder orar en lenguas. Ella no dudaba de que el Señor la había bautizado con su Espíritu, pues había experimentado en su vida un gran crecimiento de los frutos del Espíritu Santo. Deseaba mucho este don, pero no lo tenía. Una tarde, después de un largo día de trabajo, entró a su cuarto. Se sentó en su sillón favorito y comenzó a orar; le pedía al Señor que le diera un buen descanso, decía: "Espíritu Santo, dame tu descanso...". Y repetía estas palabras. Entonces, quietamente, comenzaron a fluir de su boca palabras nuevas... su don de lenguas.

Es realmente un gran don. Nadie podrá explicártelo bien, tienes que experimentarlo, y primero desearlo. Pero no pienses ni por un minuto que hablar en lenguas es todo en esta Renovación en el Espíritu Santo, o que es el corazón de la Renovación. No lo es. El corazón de ella es Jesucristo, y el poder del Espíritu Santo para guiarte hacia la realidad viviente de tu Señor y Salvador. Todo lo demás se sigue de ahí.

Si vas a una reunión de oración oirás hablar, y a menudo también cantar, en lenguas. Las reacciones de los que lo escuchan por primera vez son variadas. A algunos les molesta, pero la mayoría lo encuentra muy hermoso; y a medida que lo aceptan con apertura de mente y de corazón, comienzan a entenderlo. Es parte de esa manera misteriosa que tiene el Espíritu de actuar en nosotros. Ora respecto de esto. ¡Descubrirás que es una realidad!

Capítulo X

NO TE DESANIMES - EL SEÑOR TE GUIARA

Una última palabra sobre las reuniones de oración carismáticas. Una de sus características consiste en que los líderes y el grupo tratan de entregarse al Señor Jesús, siguiendo la moción del Espíritu Santo. Es por eso que encuentras esa frescura, elementos de vida y de espontaneidad. Nada hay fijo, rígido o estructurado. Uno se siente llevado por el fluir del Espíritu. Eso explica muchos "aleluya". Lo que prevalece es la alabanza del Señor.

Es muy posible que la primera vez que asistas, lo que te suceda no encaje con la descripción que has leído. Quizá la reunión te desagrade, que el oír hablar en lenguas te cause confusión. Puedes sentirte perturbado cuando alguno se levante y hable en forma profética y a veces declare: "¡El Señor dice...!" No entiendes lo que pasa cuando alguien da una "interpretación", o habla sobre sanación. Estás perplejo. Puede ser que al terminar decidas no volver.

Muchos lo han hecho. Dicen: "Esto no es para mí". Pero otros tantos han retornado. Verás, si verdaderamente estás buscando al Señor, él te atraerá de nuevo suavemente; te conducirá al grupo más adecuado para ti, y al lugar conveniente.

Necesitas mucha enseñanza y no puedes asimilarlo todo en una vez. El bautismo en el Espíritu nos lleva a una vida en el Espíritu y a un caminar

en el Espíritu. Para descubrir de qué trata todo esto, has de estar abierto a la enseñanza. Y generalmente será por medio de un buen grupo de oración que el Señor te enseñará. No te desanimes. El hecho mismo de que hayas leído este librito es una prueba de que el Señor te ha llamado a recibir el Espíritu Santo prometido.

Por supuesto que este libro ha dejado sin respuesta muchos de tus interrogantes. No pretende darte un cuadro completo sino solamente una corta y esquemática presentación para que sepas de qué se trata en todo esto. El resto deberás descubrirlo tú mismo a lo largo de la experiencia personal, con la luz del Espíritu Santo que te guiará.

No permitas que las expresiones "vivir en el Espíritu", "caminar en el Espíritu", te desanimen. No se trata de espiritismo. Es solamente lo que toda vida cristiana normal debería ser, al ser vivida en unión con Jesús, por la acción y el poder del Espíritu Santo.

Hoy día, en el mundo entero, miles y miles de hombres y mujeres corrientes, de todos los estados de la vida, están entrando en esta renovación cristiana. Católicos y Bautistas, Luteranos, Metodistas y Episcopales, Congregacionistas y Presbiterianos. Hombres y mujeres de todas las iglesias cristianas están proclamando que Jesucristo es el Señor de sus vidas por el poder y la fuerza del Espíritu Santo.

Una última palabra también sobre el bautismo en el Espíritu. No hay en él nada de magia. No nos otorga una "santidad instantánea". Si has pensado que es como una gran inyección de santidad, que te pondrá en un sendero de "feliz aleluya" para siempre, estás muy equivocado. Dios no nos maneja

como marionetas. Tu inteligencia, tu voluntad, tus esfuerzos, tu cooperación, han de tomar parte.

A medida que comiences a vivir tu nueva vida en el Espíritu, vas a descubrir lo que es el combate espiritual. Tendrás también un nuevo conocimiento de lo que es la cruz de Jesús, y de cómo ella te lleva al poder y a la victoria de su Resurrección. Aprenderás que aun hay en la vida muchas crisis, tentaciones y frustraciones; pero también que ahora tienes el poder para enfrentarte a ellas. Aprenderás a vivir cada momento de tu vida de una manera mucho más profunda y mucho más rica; comprenderás entonces lo que Jesús quería dar a entender cuando te dijo: "Yo he venido para que tengas vida, y la tengas en abundancia".

"¡DIOS MIO, NECESITO ALGO!"

"¡VEN, SEÑOR JESUS!"

I N D I C E ·

Introducción	5
¡ Dios mío, necesito algo!	7
Hablemos sobre el Espíritu Santo	11
El Espíritu Santo vendrá	19
Fortalecidos por su Espíritu	25
La venida del Espíritu Santo - Pentecostés	29
La promesa es para ti	39
Ven a la reunión de oración	43
Jesús vive	49
La vida en el Espíritu	53
No te desanimes - El Señor te guiará	59

- 1. ¡Dios mío, necesito algo!**
P. George de Prizio, c.s.c.
- 2. El carisma del discernimiento**
Jacques Custeau, s.j.
- 3. Buscando salud**
Carlos Aldunate, s.j.
- 4. El crecimiento**
Mons. Carlos Talavera
- 5. Alabanza comunitaria**
Benigno Juanes, s.j.
- 6. Orar en lenguas**
Benigno Juanes, s.j.
- 7. Vivamos nuestra confirmación**
Carlos Aldunate, s.j.
- 8. Conversión de Simón Pedro**
Pedro Berríos G.
- 9. Alabaré a mi Señor**
Juan Manuel Martín-Moreno, s.j.
- 10. Sanación interior**
Alfonso Uribe Jaramillo
- 11. Las sectas nos invaden**
Juan Miguel Ganuza, s.j.
- 12. Escuela del perdón**
Diego Jaramillo